

sombras del parque, cuya voz le había aconsejado la dichosa paz. Sus sentidos de ardiente mujer, sus caprichos de mujer estragada, despertábanse en ella. Y, por encima de su cabeza, la grande esfinge de mármol negro se reía con risa misteriosa, como si hubiese leído el deseo al fin formulado que galvanizaba aquel corazón muerto, el deseo, por tanto tiempo fugitivo. Aquella "otra cosa", en vano buscada por Renata, en los vaivenes de su carretela, en el invisible polvillo de la caída de la tarde, acababa de serle repentinamente revelada a la viva claridad, en medio de aquel jardín de fuego, a la vista de Luisa y Máximo, riendo y jugando, con las manos entrelazadas.

En aquel instante salió un rumor de voces de una de las cercanas grutas, a donde Aristides Saccard había llevado a los señores Mignon y Charrier.

—No, en rigor de verdad, señor Saccard—decía la tartajosa voz de este último,—no nos es posible volvérselo a comprar a usted a más de doscientos francos el metro.

Y la agría voz de Saccard exclamaba:

—Mas, por lo que toca a mi padre, ustedes me han adjudicado el metro de terreno a razón de doscientos cincuenta francos.

Y las voces continuaron, brutales, repercutiendo por modo extraño en las colgantes ramas del follaje. Mas no hicieron sino atravesar como vano ruido el ensueño de Renata, ante cuyo espíritu se erguía, con la atracción del vértigo, un goce desconocido, furioso de crimen, más ardiente que cuantos había ya apurado, el último que le quedaba por gozar. Ya no se sentía cansada.

El arbusto tras del cual medio se ocultaba, era una planta maldita un tanghin de Madagascar,

con anchas hojas de boj, con ramas blancuzcas, cuyos menores nervios destilaban un jugo ponzoñoso. Y en un instante, cuando Luisa y Máximo reían de la mejor gana, en el reflejo amarillo, en la puesta del sol del saloncillo, Renata, fuera de sí, con la boca seca e irritada, llevóse a los labios una ramita de tanghin que se hallaba a la altura de su boca, y mordió una de sus amargas hojas.

II

Aristides Rougon cayó sobre París al siguiente día del 2 de diciembre, con ese olfato de las aves de rapiña que huelen de lejos los campos de batalla. Llegaba de Plassans, subprefectura del Mediodía, en donde su padre acababa de pescar en el río revuelto de los acontecimientos una recaudación largo tiempo codiciada. Aristides, joven aun, después de haberse comprometido como un tonto, sin gloria ni provecho, debió de considerarse muy feliz con sólo haber salido indemne de la sarracina. Acudía, dado a los mil demonios por haber errado el camino, echando sapos y culebras de la provincia, hablando de París con apetitos de lobo y jurando que no volvería a ser tan rocín; la incisiva sonrisa que acompañaba estas palabras adquiría una endiablada significación en sus delgados labios.

Llegó a París en los primeros días de 1852. Llevaba consigo a su mujer, rubia e insípida, a quien instaló en una mezquina habitación de la calle de Saint-Jacques, como mueble que es-

torba y del que corre prisa deshacerse. La joven no había querido separarse de su hija Clotildita, niña de cuatro años, que con mil amores habría dejado su padre a cargo de su familia. Mas no se había resignado a ceder al deseo de Angela sino con la condición de dejar como olvidado en el colegio de Plassans a su hijo Máximo, un galopín de once años, sobre el que su abuela había prometido velar. Aristides quería tener manos desatadas; una mujer y una hija parecíanle ya enorme peso para un hombre decidido a pasar todos los rubicones, aun a costa de escapar desplomándose o de rodar sobre el lodo.

La tarde misma de su llegada, mientras que Angela desataba los bultos, no vió la hora de lanzarse a París, de corretear con sus gruesos zapatos de provinciano aquel ardoroso suelo, del que esperaba hacer surgir millones. Fué aquello como una verdadera toma de posesión. Anduvo por andar, yendo a lo largo de las aceras, como sobre país conquistado. Tenía muy en su mente la visión de la batalla que venía a librar, y no le repugnaba compararse con cualquier hábil forzador de cerraduras, que, por astucia o por violencia, se dispusiese a tomar su parte en la riqueza común que hasta allí se le había malévolamente negado. Si hubiese abrigado la necesidad de una excusa, habría invocado sus sofocadas aspiraciones durante diez años, su miserable vida de provincia, sus faltas sobre todo, de las cuales hacía responsable a la sociedad entera. Pero en aquella ocasión, en la emoción aquella del jugador que pone por fin sus codiciosas manos en el tapete verde, era todo alegría, alegría propia, en que sobresalían satisfacciones de envidioso y esperanzas de bribón impune. El ambiente de París le embriagaba; en el rodar de los carruajes figurábasele oír las

voces de las hechicerías de Macbeth que le gritaba: ¡Tú serás rico! Durante cerca de dos horas anduvo así de calle en calle, saboreando las voluptuosidades del hombre que se pasea entre sus propios vicios. No había vuelto a París desde el dichoso año que había pasado allí como estudiante.

La noche se venía encima; su ensueño tomaba creces ante los vivos resplandores que los cafés y las tiendas lanzaban sobre las aceras; se extravió.

Cuando alzó la vista se encontraba hacia la mitad del arrabal Saint-Honoré. Uno de sus hermanos, Eugenio Rougon, habitaba en una calle cercana, la de Penthievre. Aristides, al dirigirse a París, había contado sobre todo con Eugenio, quien, después de haber sido uno de los más activos agentes del golpe de Estado, era en aquel entonces un poder oculto, un abogadillo, en quien renacía un gran hombre político; mas, por una superstición de jugador, no quiso llamar aquella noche a la puerta de su hermano. Regresó lentamente a la calle de Saint-Jacques, pensando en Eugenio con reconcentrada envidia, mirando su traje tan traído como llevado, cubierto aun con el polvo del camino, y tratando de sonsolarse volviendo a acariciar sus ensueños de riqueza. Pero aun este sueño habíasele tornado en amargura; habiéndose echado a la calle, cediendo a una necesidad de expansión, habíale regocijado la actividad de las tiendas de París, pero regresó a su casa de pésimo talante en vista de la felicidad que parecía recorrer las calles, de más negro humor al imaginarse esas encarnizadas luchas en las cuales tendría el placer de mezclarse para tomar un juguete de aquella turba que le había codeado en las aceras. Jamás ha-

bía sentido apetitos tan feroces, ardores tan inmediatos de placeres.

Al día siguiente a primera hora se hallaba en casa de su hermano. Eugenio habitaba dos grandes habitaciones, frías y apenas amuebladas, que dejaron helado a Aristides. Esperaba hallar a su hermano nadando en pleno lujo, y le vió trabajando ante una mesita pintada de negro.

Eugenio se contentó con decirle con su voz lenta y sonriéndole:

—¡Ah! eres tú, te esperaba.

Aristides le habló con suma acritud. Acusó a Eugenio de haberle dejado vegetar, de no haberle hecho siquiera la limosna de un buen consejo mientras chapoteaba en provincia. No debía perdonarse jamás el haber estado siendo republicano hasta el 2 de diciembre; ésta era su viva llaga, su eterna humillación.

Eugenio, con el mayor sosiego, había vuelto a tomar la pluma. Así que hubo terminado, le dijo:

—¡Bah! Todas las faltas pueden repararse. El porvenir te sonríe.

Pronunció aquellas palabras con tan clara voz, con tan penetrante mirada, que Aristides bajó la cabeza, conociendo que su hermano penetraba en lo más hondo de su ser. Este prosiguió con amistosa rudeza:

—Tú vienes para que yo te coloque, ¿no es así? En ti tengo pensado, pero por ahora con nada he podido dar. Comprende que no me es fácil colocarte sea donde sea. Necesitas un empleo en que hagas tu negocio sin peligro para ti ni para mí. No vengas con exclamaciones; estamos solos y podemos decirnos ciertas cosas...

Aristides tomó el partido de echarse a reír.

—¡Oh! ya sé que eres inteligente — prosiguió Eugenio, —y que no cometerás ninguna necesidad

improductiva... En el punto y hora en que una buena ocasión se presente, yo te colocaré. Si de aquí a entonces necesitas alguna moneda de veinte francos, ven a pedírmela.

Hablaron un instante de la insurrección del Mediodía, mediante la cual su padre había ganado su recaudación. Mientras iban hablando, Eugenio se vestía. Ya en la calle, en el momento de separarse de él, detuvo a su hermano un instante todavía y le dijo en voz aun más queda:

—Te agradeceré que no andes correteando las calles y que esperes con toda tranquilidad en tu casa el empleo que te prometo... Me sería desagradable el ver a mi hermano hacer antecámaras.

Aristides tenía un gran respeto a Eugenio, quien le parecía un mozo como hay pocos. No le perdonaba sus desconfianzas ni su franqueza un tanto ruda; mas esto no implicaba para que se fuese a encerrar dócilmente en la calle de Saint-Jacques. Había venido con quinientos francos que le había prestado el padre de su mujer. Una vez satisfechos los gastos de viaje, hizo que le durasen un mes los trescientos francos que le quedaban. Angela comía como una descosida; y fuera de esto, tuvo por cosa indispensable el renovar su traje de días de fiesta mediante unos adornos de cintas de color de malva. Aquel mes de espera pareció interminable a Aristides. La impaciencia le encendía la sangre. Cuando se asomaba a la ventana y sentía a sus pies la labor gigante de París, asaltábanle anhelos locos de meterse de hoz y de coz en aquel horno para amasar oro con sus febriles manos, como si fuese blanda cera. Aspiraba aquellos efluvios, vagos aun, que subían de la gran ciudad, aquellos hálitos del naciente imperio, en donde ya se difundían perfumes de alco-

bas y de embrollos financieros, calores de place-res. Los débiles perfumes que hasta él llegaban decíanle que estaba ya sobre la buena pista, que el ciervo corría delante de él y que la grande caza imperial, la de las aventuras, de las mu- jeres, de los millones, tenía su comienzo en fin. Sus narices se dilataban y su instinto de ani- mal hambriento se apoderaba maravillosamente al paso de los menores indicios del festín de la caza aún caliente de que iba a ser teatro la ciudad.

En dos ocasiones fué a casa de su hermano para activar sus asuntos. Eugenio le recibía con sequedad, repitiéndole que no le olvidaba, pero que era preciso esperar. Por último recibió una carta, en la que le rogaba que se pasase por la calle de Penthièvre. Fué allá, latándole fuerte- mente el corazón, como si se tratase de una cita amorosa. Encontró a Eugenio ante su eterna mesita negra, en la gran estancia helada que le servía de oficina. En cuanto lo vió, el abogado le alargó un papel, diciendo:

—Toma, hasta ayer no he recibido lo que te concierne. Has sido nombrado comisario-veedor, adjunto al Ayuntamiento. Tendrás un sueldo de dos mil cuatrocientos francos.

Aristides había permanecido de pie; púsose pálido y no tomó el documento, creyendo que su hermano se burlaba de él. Había esperado cuando menos un destino de seis mil francos. Eugenio, adivinando lo que pasaba en su in- terior, se volvió en su silla, y cruzándose de brazos:

—¿Si serás un estúpido?—le preguntó un tan- to encolerizado.—A lo que se ve, te haces ilu- siones de doncella. Tú querías, de golpe y po- rrazo, habitar en soberbia casa, tener criados, comer bien, dormir sobre sedas y regalarte, de

prisa y corriendo, en brazos de la primera que llegue, en un cuarto amueblado en dos horas... Tú y los que son como tú, si os dejásemos obrar, vaciaríais las arcas antes de que estuviesen lle- nas. ¡Ah, gran Dios! ten un poco de paciencia. Ya ves cómo yo vivo, y tómate siquiera el tra- bajo de bajarte para recoger una fortuna.

Y hablaba con soberano desprecio de las im- paciencias de estudiante de su hermano. En su palabra ruda se adivinaban ambiciones más ele- vadas, deseos de poderío por todo lo alto; aquel cándido apetito de riquezas debía de parecer burgués y pueril. Con tono más dulce y con de- licada ironía prosiguió:

—En realidad, tus disposiciones son excelen- tes y no tengo para qué contrariarlas. Los hom- bres como tú son de los que no hay. Es nuestro deber el elegir nuestros buenos amigos entre los más hambrientos. Vive tranquilo, pues; tendre- mos mesa puesta, y los mayores apetitos queda- rán satisfechos. Este es todavía el método más cómodo para reinar... Pero, por favor, espera a que el mantel esté puesto, y, si quieres creerme, tómate el trabajo de ir en persona a la oficina a tomar tu cubierto.

Aristides permaneció sombrío. Las ingenio- sas comparaciones de su hermano no le desarru- gaban el ceño. Entonces éste montó de nuevo en cólera.

—¡Vamos!—exclamó,—no rectifico mi prime- ra opinión: eres tonto de capirote... ¡Eh! ¿qué es lo que esperabas? ¿qué creías tú que iba yo a hacer de tu ilustre persona? Ni siquiera tuviste valor para dar fin a tu carrera de abogado, te has enterrado durante diez años en un misera- ble empleo de dependiente de subprefectura, te me presentas con una detestable reputación de republicano, a quien tan sólo el golpe de Estado

ha podido convertir... ¿Crees que con tales antecedentes puede verse en ti la madera de un ministro?... ¡Oh! yo sé que alimentas para ti el feroz anhelo de llegar lo más alto por todos los medios posibles. Gran virtud es esa, convengo en ello, y precisamente, teniéndole en cuenta, he tenido cuidado de hacerte entrar en el Ayuntamiento.

Levantóse, y poniendo el nombramiento en manos de Aristides:

—Toma — prosiguió; — día llegará en que me des las gracias. Soy yo quien ha elegido el empleo, porque sé el partido que puedes sacar... No tendrás que hacer otra cosa sino mirar y escuchar; si eres inteligente, comprenderás, y obrarás... Ahora, atiende bien a lo que me queda que decirte; estamos en una época en que todas las fortunas son posibles. Gana mucho dinero, te lo permito; pero nada de necedades, nada de escándalos ruidosos, o te suprimo.

Aquella amenaza produjo el efecto que sus promesas no habían podido conseguir. Toda la fiebre que dominaba a Aristides se encendió de nuevo a la sola idea de aquella fortuna de que su hermano le hablaba. Pareciale que se le lanzaba por último a la contienda, autorizándole hasta a arruinar al mundo entero, con tal de que se hiciese legalmente, sin hacer gritar demasiado. Eugenio le dió doscientos francos para esperar a fin de mes. Después se quedó pensativo.

—Me propongo cambiar de nombre—dijo por último;—tú deberías hacer lo mismo... Así nos estorbaremos menos.

—Comb te parezca — contestó tranquilamente Aristides.

—No tendrías que ocuparte de nada; me en-

cargo de las formalidades... ¿Quieres llamarte Sicardot, tomando el nombre de tu mujer?

Aristides dirigió los ojos al techo, y repetía, escuchando la música de las sílabas:

—Sicardot... Aristides Sicardot... No, a fe mía; esto es de zoquetes, y hasta huele a suspensión de pagos.

—Busca otra cosa—dijo Eugenio.

—Preferiría Sicard lisa y llanamente — contestó el otro tras de corto silencio; — Aristides Sicard... no resulta tan mal... ¿no te parece?... tal vez un tanto divertido...

Meditó de nuevo, y al fin exclamó con acento de triunfo:

—Ya di con él... Saccard, Aristides Saccard... con dos c... ¡Eh! En este nombre hay dinero; diríase que se cuentan monedas de cien sueldos.

Las bromas de Eugenio eran de lo más cruel. Despidió a su hermano, diciéndole con una sonrisa:

—Sí, es un nombre muy a propósito para ir a presidio o para ganar millones.

Unos días después Aristides Saccard entraba en el Municipio. Supo que su hermano había tenido que echar mano de todo su crédito para hacerle entrar sin los exámenes de costumbre.

Entonces empezó para la familia la vida monótona de los empleados de corto sueldo. Aristides y su mujer reanudaron sus costumbres de Plassans. No había más sino que se venían abajo desde la soñada altura de una fortuna repentina, y su mezquina vida les pesaba tanto más cuanto que le consideraban como un tiempo de prueba, cuya duración no les era dado fijar. Ser pobre en París es ser pobre dos veces. Angela aceptaba la miseria con su flojedad de clorótica; pasaba los días en la cocina, o bien tendida en el suelo, jugando con su hija, no lamen-

tándose sino cuando quedaba tan sólo una moneda de veinte francos. Pero Aristides se ponía hecho una furia en medio de aquella pobreza, de aquella existencia reducida, en la que daba vueltas como una fiera enjaulada. Fué aquel un tiempo de sufrimientos indecibles: su orgullo manaba sangre, y sus ansias no saciadas le azotaban furiosamente. Su hermano consiguió ser enviado al Cuerpo legislativo por el distrito de Plassans, y esto le hacía sufrir más aun. Sentía demasiado la superioridad de Eugenio para mostrarse neciamente celoso; acusábale de que no hacía por él lo que hacer habría podido. En más de una ocasión la necesidad le obligó a ir a llamar a su puerta para pedirle prestado algún dinero. Eugenio lo prestaba, mas echándole en cara con rudeza su falta de valor y de voluntad. Desde entonces Aristides se mantuvo aún más firme, y juró no volver a pedir un sueldo a nadie, y mantuvo su palabra. Los ocho últimos días del mes, Angela comía pan seco, suspirando. Aquel aprendizaje acabó la terrible educación de Saccard. Los labios se le adelgazaron más aún; no abrigó por más tiempo la necedad de soñar millones en voz alta; su raquítica persona enmudeció y expresó tan sólo una voluntad, una idea fija, a todas horas acariciada. Cuando corría desde la calle de Saint-Jacques al Municipio, sus tacones gastados resonaban por modo extraño en las aceras, y se abotonaba en su levita raída como en un asilo de odio, mientras que su hocico de garduña husmeaba el aire; anguloso rostro de la miseria cerosa, a quien se veía azotar las calles de París, paseando sus planes de fortuna y el sueño de su satisfacción.

Hacia los comienzos de 1853, Aristides Saccard fué nombrado comisario-inspector. Ganaba

cuatro mil quinientos francos. Aquel momento llegaba en la mejor oportunidad: Angela desfallecía a ojos vistas; Clotildita no podía estar más pálida.

Conservó su reducida vivienda en dos habitaciones, con el comedor amueblado de nogal y la alcoba de caoba, llevando siempre una existencia severa, evitando las deudas, resistiéndose a meter las manos en el dinero de los demás hasta que pudiese hundirlas hasta los codos. Así engañaba a sus propios instintos, desdeñosos de los escasos sueldos que le llegaban de extraordinario, manteniéndose en acecho. Angela se sintió feliz a más no poder; se compró algunos atavíos y se puso el asador todos los días. Nada se le alcanzaba ya de las mudas rabetas de su marido, de las sombrías trazas del hombre que persigue la solución de algún pavoroso problema.

Aristides seguía los consejos de Eugenio: escuchaba y miraba. Cuando fué a dar las gracias a su hermano por su ascenso, éste se dió cuenta de la revolución que en él se había operado; dióle la enhorabuena por lo que él llamó su elegancia. El empleado, a quien la envidia mantenía rígido en su interior, había llegado a mostrarse flexible e insinuante. En algunos meses llegó a ser cómico consumado. Toda su verborrea meridional se le había despertado, y llevaba el arte tan lejos, que sus colegas del Municipio le miraban como a un buen muchacho, a quien su inmediato parentesco con un diputado señalaba de antemano para algún empleo de importancia. Aquel parentesco le atraía asimismo la benevolencia de sus jefes. Así era que vivía en una especie de autoridad superior a su empleo, que le permitía abrir ciertas puertas y meter la nariz en ciertos expedientes, sin que

sus indiscreciones pareciesen culpables. Viósele, durante dos años, rodar por todos los corredores, hacerse el distraído en todas las salas y levantarse veinte veces al día para ir a hablar con algún compañero, para llevar una orden, hacer un viaje a través de las oficinas, eternos paseos que hacían decir a sus colegas: "¡Ese demonio de provenzal no se puede estar quieto: tiene azogue en las piernas". Sus íntimos le tenían por un perezoso y el buen hombre se reía cuando le acusaban de que tan sólo procuraba robar algunos minutos a la administración. Jamás cometió el pecado de ir a escuchar a las cerraduras; pero tenía un modo particular de abrir las puertas, de atravesar las habitaciones con un papel en la mano, haciéndose el hombre absorto, con tan lento paso y tan regular, que no perdía una palabra de las conversaciones. Fué aquella una ingeniosa táctica; se concluyó por no interrumpirse al paso de aquel activo empleado, que se deslizaba a la sombra de las oficinas y que parecía tan preocupado en su tarea. Pues aun empleaba otro método; su oficiosidad era extrema; cuando se les hacía tarde en su trabajo, ofrecía ayudar a sus camaradas, y así estudiaba los expedientes, los documentos que se le venían a las manos, con reconcentrado cariño. Mas uno de los pecados favoritos lo constituyó el trabar amistad con los mozos de oficina; llegaba hasta darles apretones de manos. Durante horas hacía hablar entre dos puertas, con risitas sofocadas, contándoles historietas y provocando sus confidencias. Aquella buena gente le adoraba, y decían de él: "Este sí que no es orgulloso". Cuando había un escándalo, él era el primero que se enteraba. Así fué que al cabo de dos años, el Municipio no tenía misterios para él; en punto al personal, conocía hasta el último de los lam-

pistas, y en cuanto a papelotes, hasta las cuentas de las lavanderas.

En aquel entonces París ofrecía, para un hombre de las circunstancias de Aristides Saccard, el más interesante de los espectáculos. El imperio acababa de ser proclamado, después de aquel famoso viaje, durante el cual el príncipe había conseguido enardecer el entusiasmo de algunos departamentos bonapartistas. El silencio se había restablecido en la tribuna y en los periódicos. La sociedad, de nuevo salvada, se felicitaba, descansaba y dormía a pierna suelta, ahora que un gobierno fuerte la protegía y que le quitaba hasta la molestia de pensar y de regular sus negocios. La gran preocupación de la sociedad se cifraba en saber a qué diversiones acudiría para matar el tiempo. Según la afortunada expresión de Eugenio Rougon, París se sentaba a la mesa y soñaba en chistes para los postres. La política ponía espanto como droga peligrosa. Los ánimos, ya cansados, volviéronse hacia los negocios y los placeres. Los que poseían dinero lo desenterraban, y los que no lo tenían buscaban por todos los rincones los tesoros olvidados. En el fondo de aquella barahunda sentíase un estremecimiento sordo, un naciente ruido de monedas de cien sueldos, risas cristalinas de mujer, retintines aun debilitados de vajillas y de besos. Y en el gran silencio del orden, en la sosegada paz del nuevo régimen, ascendían toda especie de rumores agradables, de promesas doradas y voluptuosas. No parecía sino que se pasaba por delante de una de esas casitas cuyas cortinas, corridas cuidadosamente, apenas dejan ver sombras de mujeres, y en donde se oye el oro sonar sobre el mármol de las chimeneas. El imperio iba a hacer de París la capital más inmoral de Europa. A aquel puñado de

aventureros que acababan de robar un trono haciale falta un reinado de aventuras, de negocios podridos, de conciencias vendidas, de mujeres compradas, de embriaguez furiosa y universal. Y en la ciudad en donde la sangre de diciembre apenas se había enjugado iba agigantándose, tímido todavía, aquel frenesí de goces que debía de lanzar a la patria al sombrío calabozo de las naciones podridas y deshonradas.

Aristides Saccard, desde un principio, sintió alzarse aquella ola de la especulación, cuya espuma iba a cubrir a París entero; había seguido sus progresos con atención profunda. Hallábase en medio de la caliente lluvia de escudos que caía con toda fuerza sobre los techos de la ciudad. En sus continuas correrías a través del Municipio, había sorprendido el vasto proyecto de la transformación de París, el plan de aquellas demoliciones, de aquellas nuevas vías y de aquellos barrios improvisados, de aquel agiotaje formidable sobre la venta de terrenos y de inmuebles, que encendía, en los cuatro extremos de la ciudad, la batalla de los intereses y el resplandecimiento del lujo a todo un objeto, y fué en aquella época en la que se convirtió en un buen muchacho. Hasta engruesó un poco y cesó de corretear por aquellas calles como gato flaco en busca de su presa. En su oficina, se había hecho más amigo de hablar, más obsequioso que nunca. Su hermano, a quien iba a hacer visitas en cierto medio oficiales, le felicitaba por poner con tan buen acierto sus consejos en práctica. Hacia los comienzos de 1854 Saccard le confió que tenía en perspectiva la mar de negocios, pero que le harían falta considerables adelantos.

—Se buscan—dijo Eugenio.

—Tienes razón, buscaré—contestó sin el menor mal humor, sin parecer darse cuenta de que

su hermano se negaba a facilitarle los primeros fondos.

El conseguir aquellos fondos era la idea que por entonces le ardía en el cerebro. Su plan lo tenía trazado y lo maduraba de día en día. Pero los primeros miles de francos no parecían por parte alguna, y sus energías se aguaron más y más; ya no miraba a las personas sino por modo nervioso e intenso, como si hubiese buscado un prestamista en el primero que pasara. En su casa, Angela continuaba llevando su vida obscura y feliz. El se hallaba en acecho de una ocasión propicia, y sus risas de buen muchacho se hacían más agudas a medida que aquella ocasión tardaba en presentarse.

Aristides tenía una hermana en París. Sidonia Rougon se había casado con un pasante de abogado de Plassans, quien había venido con ella a la calle de Saint-Honoré, para tratar de establecer un comercio de frutos del Mediodía. Cuando su hermano la volvió a encontrar, el marido había desaparecido, y en cuanto al almacén, habíansele comido hacía ya tiempo. Habitaba en la calle del Faubourg-Poissonniere, en un reducido entresuelo, compuesto de tres habitaciones. Tenía alquilada también la tienda de abajo, tienda estrecha y misteriosa, en la que pretendía tener un comercio de encajes. Veíanse, en efecto, en la vitrina pedazos de bordados y de valenciennes suspendidos en triángulos de alambre dorado; pero en el interior habríasela tenido por una antesala con relucientes ensambladuras, sin la menor apariencia de mercaderías. Tanto la puerta como la vidriera, estaban provistas de sutiles cortinas que, poniendo la tienda al abrigo de las miradas de la calle, acababan de prestarle el aspecto velado y de discreción de una sala de espera que daba a

un desconocido templo. Cosa rara era que se viese un cliente en casa de la señora Sidonia, y hasta era lo más frecuente el que se quitase el llamador de la puerta. En el barrio hacía correr la voz de que ella iba en persona a ofrecer sus blondas a las señoras ricas. El modo como estaba dispuesta aquella casa era, a lo que ella decía, lo que le había hecho alquilar la tienda y el entresuelo, que se comunicaban por una escalera oculta en la pared. En efecto, la vendedora de encajes se hallaba a la continua fuera de casa; veíasele diez veces al día salir y entrar con precipitación. Por lo demás, de lo que menos se ocupaba era del comercio de encajes; utilizaba el entresuelo y lo llenaba con alguno que otro saldo obtenido no se sabía de dónde. Allí había vendido objetos de caucho, capotes, zapatos, etc.; después, y sucesivamente, fué vendiendo un nuevo aceite para hacer nacer los cabellos, aparatos de ortopedia, cuya explotación le dió grandes quebraderos de cabeza. Cuando su hermano fué a verla, comerciaba en pianos, y tenía el entresuelo atestado de aquellos instrumentos; había pianos hasta en su alcoba, habitación amueblada con coquetería y que se daba de calabazadas con el revoltijo mercantil de las otras habitaciones. Llevaba ambos comercios con perfecta regularidad; los clientes que llegaban por las mercancías del entresuelo, entraban y salían por una puerta cochera que tenía la casa y que daba a la calle del Papillón; preciso era hallarse en autos del misterio de la escalerilla para venir en conocimiento del tráfico por partida doble de la vendedora de encajes. En el entresuelo se llamaba la señora Touche, del nombre de su marido, en tanto que tan sólo había puesto su nombre de pila en la puerta del almacén, lo que hacía que generalmente

se la conociera con el nombre de madame Sidonia.

La señora Sidonia contaba treinticinco años; pero se vestía con tal dejadez, era tan poco mujer en sus andares, que habríasele tenido por mucho más vieja. En rigor, podía decirse que carecía de edad. Llevaba un eterno traje negro, rozado en los pliegues, ajado y deslucido por el uso, trayendo a la memoria las togas de los abogados estropeadas en los tribunales. Un sombrero negro le llegaba hasta la frente, ocultándole los cabellos; calzada con groseros zapatos, correteaba por las calles, llevando al brazo una cestita, cuyas asas se hallaban recompuertas con bramantes. Aquella cesta, que no la dejaba nunca, era todo un mundo. Cuando la abría, salían de allí muestras de todo lo creado, agendas, carteras y sobre todo manos de papel sellado, cuya ilegible letra describía con destreza particular. Conteníanse en la señora Sidonia el corredor y el alguacil. Vivía en los protestos, en las citaciones, en las providencias; cuando había vendido por diez francos de pomada o de encajes, sabía insinuarse en su agente de negocios, iba a verse de parte suya con los procuradores, los abogados y los jueces. Y de este modo llevaba legajos en el fondo de su cesta durante semanas enteras, tomándose un trabajo de todos los demonios, yendo de un extremo a otro de París con un trotecillo igual, sin tomar en su vida un coche. Difícil habría sido asegurar qué provecho obtenía de semejante oficio; hacía lo en primer lugar por el instintivo gusto hacia los negocios en que hay gato encerrado, por amor a los embrollos; mas no dejaba de obtener multitud de beneficios: comidas disfrutadas a diestra y siniestra, monedas de veinte sueldos recogidas acá y allá. Pero la ganancia

más importante consistía en las confidencias que recibía de todas partes y que le ponían sobre la pista de los buenos golpes y de los buenos e inesperados provechos. Viviendo en casa de los demás, en los negocios ajenos, constituíase en un verdadero repertorio viviendo de ofertas y de demandas. Sabía en dónde se encontraba una joven que casar de prisa y corriendo, una familia que necesitaba tres mil francos, un anciano caballero que prestaría con mil amores los tres mil francos, pero con sólidas garantías y crecidos intereses. Sabía cosas más delicadas todavía: las tristezas de una dama rubia a quien su consorte no comprendía y que aspiraba a ser comprendida; el secreto deseo de una excelente madre de colocar a su hijita ventajosamente; los gustos de un barón que se pirraba por las cenitas y por las muchachas muy jóvenes. Y ella, con pálida sonrisa, llevaba de un lado para otro tales demandas y tales ofertas; andaba dos leguas para que las personas se pusieran en contacto; enviaba al barón a casa de la excelente madre, decidía al viejo caballero a que prestase los tres mil francos a la familia apurada, hallaba consuelos para la dama rubia y un esposo poco escrupuloso para la niña sin casar. Tenía también grandes negocios, negocios de que podía hablar en voz alta y con los cuales atormentaban los oídos de las personas que se le acercaban: un interminable pleito que una familia noble arruinada le había encargado, y una deuda contraída por Inglaterra con Francia en tiempo de los Estuardos, y cuya cantidad, con intereses compuestos, ascendía a cerca de tres mil millones. Aquella deuda de tres mil millones era su monomanía; explicaba el caso con gran lujo de detalles, haciendo todo un curso de historia, subiéndole, de puro entusiasmo, olea-

das de sangre a las mejillas, papañdujas y amarillas por lo común como la cera. A veces, entre una diligencia en casa de un alguacil y una visita a una amiga, vendía una cafetera, un chubasquero, vendía una pieza de encaje y alquilaba un piano. Todo esto constituía el menor de sus cuidados. Luego iba a todo correr a su almacén, en donde una cliente le había dado cita para ver una pieza de Chantilly. Esa cliente llegaba y se deslizaba como una sombra en la tienda escondida y velada. Y no era cosa del otro jueves, que un caballero, entrando por la puerta cochera de la calle del Papillón, llegase al propio tiempo a ver los pianos de la señora Touche, en el entresuelo.

Si la señora Sidonia no hacía fortuna, era porque en más de cuatro ocasiones trabajaba por amor al arte. Desviviéndose por los procesos, olvidándose de sus asuntos por los de los demás, dejábase devorar por los alguaciles, lo que por otra parte, le proporcionaba goces de que tan sólo tenía noticia la gente que litigaba. La mujer quedaba eclipsada, sin que apareciese en ella más que un agente de negocios, un encargado que a todas horas recorría las calles de París, llevando en su legendario cesto las mercaderías más equívocas, vendiéndolo todo, soñando millones y yendo a abogar ante el juez de paz, por una cliente favorita, un litigio por diez francos. Pequeña, delgada, descolorida, vestida con aquel miserable traje negro que se le habría tenido por cortado en la toga de un letrado habíase como acartonado, y al verla deslizarse a lo largo de las casas, se la habría tomado por un dependiente de comercio disfrazado de mujer. Su tez tenía la palidez enfermiza del papel sellado; sus labios sonreían con apagada sonrisa, mientras que sus ojos parecían